

EL CUERPO DE INFANTERÍA DE MARINA CUESTIONADO Y REORGANIZADO A FINALES DE SIGLO

Hugo O'DONELL Y DUQUE DE ESTRADA
Historiador naval

En el inicio de la década de los 80 del siglo pasado la Marina se plantea la conveniencia de suprimir el cuerpo de Infantería de Marina, al pensar muchos jefes y oficiales que por la constitución de las tripulaciones procedentes de la inscripción marítima, no era precisa la guarnición o dotación de tropa en los buques.

Por otra parte, desde la reorganización de 1878, y más aún desde la de 1882, se habían agrandado tanto sus cuadros superiores sin aumento de fuerza, que no ya solamente muchos componentes del Cuerpo General, sino bastantes del propio cuerpo de Infantería de Marina, que buscaban mejorar su poco optimista porvenir, veían con buenos ojos el pase total al Ejército o una declaración «a extinguir».

Este mismo fenómeno y esta misma inquietud se habían producido ya en otras grandes Marinas, como la italiana y la francesa. La primera había llegado a suprimir en un momento determinado el Cuerpo, y la segunda lo había relegado en buena parte a mera infantería de guarnición de las colonias.

Diversas consideraciones iban a hacer variar afortunadamente esta tendencia, pero la influencia de partidarios y detractores se iba a hacer notar en la legislación.

La reorganización de 30 de abril de 1886, no suprime el Cuerpo, aunque reduce sus competencias a las de «contribuir a dotar a los buques en combinación con la marinería», «desempeñar el servicio militar de la Marina en los Departamentos, Apostaderos y Arsenales» y «cooperar en todas clases de desembarcos».

Un fundamental artículo firmado por Emilio Hédiger en la Revista General de Marina del mes de marzo de 1890, tras declararse fervoroso partidario de los destacamentos de Infantería de Marina en los buques de combate y en los grandes cruceros que podían verse en la necesidad de desembarcar una fuerte columna, ponía el dedo en la llaga al señalar que, de suprimiese el cuerpo, la Marina tendría que crear algo que garantizara sus arsenales y las capitales de sus departamentos, si es que no necesitaba crear un grupo de fuerza más militar que el marinero para concurrir con éste a la dotación de los buques: «sería lástima que la Marina, por poca prudencia de unos y exceso de ambición en otros, se desprendiese de esa fuerza, la que es consiguiente habría que reemplazar con algo y con lo que el Estado no ganaría nada.» (1).

(1) R.G.M. Marzo 1890, págs. 298-302.

Por otra parte, el disponer de un cuerpo especializado y dispuesto para embarcar por unidades completamente organizadas para las más lejanas latitudes—una unidad de intervención rápida, diríamos hoy—, había servido al Gobierno desde 1859 para salvaguardar los intereses y «provincias» ultramarinos, contribuyendo a estructurar o integrando las fuerzas expedicionarias de África, Méjico, Conchinchina y el Pacífico; habiendo probado también su eficacia en la Guerra Carlista.

Así, un batallón había sido enviado a Cuba en 1858; tres habían contribuido a la Guerra de África 1859-60; otros dos zarparon para Méjico en 1861; cuatro para Santo Domingo al año siguiente; en 1867 uno para Puerto Rico; otro, seguido de dos más, para Cuba en 1869; en 1870 otro para Cuba; entre 1873 y 1875 cuatro batallones para la Guerra Carlista; en 1879 otro más para Cuba...

Escribía Hédiger en 1890: «Su actual organización, o, mejor dicho, constitución, lo hacen un cuerpo no privilegiado, sino distinguido, es decir, como dirían militares chapados a la antigua, un Cuerpo de preferencia, listos y dispuestos para embarcar por unidades completamente organizadas para las más lejanas regiones del Globo y ser los primeros de quien el Gobierno puede disponer para llevarlos a nuestras provincias ultramarinas para defender la integridad de la Patria» (2).

A favor de mantener en toda su potencialidad los efectivos del Cuerpo se manifestaba parte de la prensa, en franca oposición al sector partidario de su supresión. Así el Diario de San Fernando de 21 de abril de 1882 afirmaba: «no hay potencia marítima de alguna importancia que no posea tropas especiales en su Marina de guerra, y en calidades proporcionales, no tanto al número de barcos, cuanto al de sus arsenales y colonias».

En efecto, en ese momento, Gran Bretaña disponía de 20.000 «royal marines», Francia 15.870 «Fusiliers marins» (mitad por mitad en la metrópoli y en las colonias). Turquía 4.000, Holanda 2.500 y Austria 1.000.

Por R.D. de 5 de julio de 1893 se volvía a reorganizar el Cuerpo, según el criterio del ministro de Marina Manuel Pasquín. Esta organización duraría hasta el fin de la guerra.

Tras las últimas reformas España había conseguido, pese a todo, conservar un esquema que podía convertir la fuerza, más teórica que prácticamente, en un contingente de hasta 14.000 hombres, en 12 batallones de a 1.200 plazas. La Guerra de Cuba, pese al fracaso general que supuso, habría de demostrar, como veremos, lo acertado de la decisión de mantener el Cuerpo en su triple faceta de tropa expedicionaria, dotación de los buques de guerra mayores y guarnición de arsenales y dependencias.

La fuerza se componía de tres regimientos de dos batallones de cuatro compañías; tres compañías de Guardias de Arsenales; una compañía de Ordenanzas del Ministerio; una compañía en La Habana y dos en Filipinas; tres cuadros de reclutamiento, depósitos y reservas.

(2) Recogido por MONTERO Y LOZANO, J. L.; «La Infantería de Marina y organización en las distintas épocas». R.G.M. Julio 1941, págs. 47-52.

Con alguna diferencia y como se indica en la exposición de motivos, esta organización era «...en el fondo la que ha realizado en todo tiempo tales fines, y casi la misma que ha prevalecido todo el presente siglo...».

Aunque no se reconociese explícitamente, en ella latía el espíritu del almirante Pavía, organizador del Cuerpo en 1882, para quien la Infantería de Marina tenía tres misiones:

- Reforzar las guarniciones de los buques para poder llevar a cabo desembarcos.
- Guarnecer los departamentos y arsenales
- Concurrir si fuera necesario a operaciones con las fuerzas del Ejército, bien en Ultramar, bien en la Península.

En el momento de la necesidad, prevaleció la última misión frente a la amenaza interior de los insurrectos y exterior de los norteamericanos, porque no se podía mantener reforzadas las guarniciones de los buques en espera de si la estrategia decidía un desembarco, para el que por otra parte éstas no podían bastar, existiendo otras necesidades más perentorias; y para las guarniciones de departamentos y arsenales en la Península acabaría acudiéndose a reservistas y no fuerzas jóvenes y activas.

Por ello no debe extrañarnos que el protagonismo de la Infantería de Marina en la Guerra de Cuba, lo ostenten los batallones expedicionarios.

La sublevación cubana y sus consecuencias

El 24 de febrero de 1895 se produjo el «Grito de Baire» que iniciaba la sublevación contra la metrópoli que terminaría de una forma no deseada por su indiscutido líder José Martí, quien soñaba con una campaña nacional liberadora, sin injerencias yanquis. Su rápida muerte en combate (19 de mayo) no la apagaría, sino que, al permitir una mayor libertad de acción a los mandos militares que como Antonio Maceo, Calixto García y Máximo Gómez eran veteranos de la «Guerra de los 10 años», daría ocasión a poner en práctica una táctica de guerra de guerrillas y rápidos movimientos contra la que el sistema ideado por Martínez Campos, capitán general de Cuba, de compartimentar la isla por medio de trochas que a modo de cinturón de trincheras y fortines estaban destinados a aislar a los diferentes focos, no daría los resultados apetecidos.

El 20 de enero del año siguiente cesaría el general, señalando en su carta de dimisión a Cánovas: «La insurrección, hoy día es más grave, más potente que a principios del 76; los cabecillas saben más y el sistema es distinto al de aquella época». Le sustituiría, Weyler cuya dura «reconcentración» de las poblaciones campesinas en las ciudades llegaría a estar a punto de conseguir el éxito final.

Pero en el momento que tratamos, lo primero que hace Martínez Campos es solicitar refuerzos a la Península.

El seis de marzo se dispone el envío de siete batallones expedicionarios, con carácter urgente, seguido de otros seis, un total de 13.000 hombres entre los que se contarían fuerzas de Infantería de Marina. En un tiempo récord, la Compañía Trasatlántica situaría sus transportes en Cádiz, Barcelona y Santander. Éste sería el primero y más inmediato de los efectos del inicio de la revolución cubana respecto de nuestra Infante-

ría de Marina; el segundo tendría consecuencias más retardadas pero también de la máxima importancia y trascendencia: la reapertura de la antigua Academia General Central de Infantería de Marina, clausurado en 1891, por R.O. de 28 de mayo de 1895, y con la nueva denominación de Escuela de Infantería de Marina. Para ella se convocarían 31 plazas en 1895, otras tantas en noviembre de 1896, y 50 en enero de 1908. Serían promociones apresuradas que todo fundamental lo habrían de aprender en un año, como lo hicieron. A la convocatoria de 1895 pertenecería Ambrosio Ristori Granados, el «Manco de Bacoor», héroe de la defensa del archipiélago filipino (3).

Las unidades llegan a Cuba

Las unidades enviadas a Cuba desde la Península, todas en 1895, serían cuatro batallones, que permanecerían allí hasta la repatriación posterior a la contienda, es decir, más de tres años seguidos de guerra.

La primera unidad destinada (R.O. de 4/III/95) es el Segundo Batallón del III Regimiento conocido como «Tercero Real de Marina» o «Tercero de Marina» y con base en Cartagena. Sus fuerzas han de ser completadas por los regimientos de Ferrol y de Cádiz.

Al mando del teniente coronel D. Enrique Sicluna Fernández y compuesto por tres jefes, treinta y seis oficiales y ochocientos noventa de tropa, en seis compañías.

Es trasladado por el vapor correo *Reina María Cristina*; durante la travesía, sufre su primera baja de oficiales: el capitán Elvira, desembarcando el 16 de abril en Guantánamo.

En abril es destinado el Segundo Batallón del II Regimiento con base en Ferrol.

Al mando del teniente coronel D. Nicolás García San Miguel y compuesto por tres jefes, 37 oficiales y ochocientos sesenta individuos de tropa en seis compañías.

Según afirma el general Meslas, ningún batallón reunía peores condiciones que éste, que había tenido que desprenderse de buena parte de sus clases y soldados al organizarse el anterior, y que carecía de armamento, ropa y correaje. Todo sin embargo se pudo arreglar con enorme tesón, y al mes de recibirse la orden de partir estaba completo y equipado (4).

Embarcan en el vapor *Santo Domingo* llegando a Cuba el 17 de mayo de 1895. Le sigue el Segundo Batallón del I Regimiento con base en Cádiz (R.O. de 24/III/95). Fuerza que tarda más en aprestarse por tener que aguardar a completar sus efectivos gaditanos a los reemplazos procedentes de Ferrol y Cartagena.

Al mando del teniente coronel De Manuel del Valle Gutiérrez, y compuesto por tres jefes, treinta y siete oficiales y ochocientos sesenta de tropa en seis compañías.

Es trasladado por el vapor correo *Cataluña*, desembarcando en La Habana el 24 de junio.

(3) Ver SÁNCHEZ PASTOR, A.: *Crónica de las promociones de oficiales del cuerpo de Infantería de Marina 1537-1990*. Madrid, 1991, págs. 140 y ss.

(4) Recogido por RODRÍGUEZ DELGADO, R.: *Historia de la Infantería Marina*. Andújar, 1927, pág. 164.

SIXTY AMERICAN WARSHIPS ENCOMPASS CERVERA, HOW CAN THE SPANIARD ESCAPE THEM!



From Key West around the Island of Cuba the United States has sixty warships, battle-ships, cruisers (armored and protected) gun-boats, monitors, scout boats, dynamite cruisers and tugs. It will be

impossible for Admiral Cervera to escape a great naval battle. The number and location of American ships is from the best available information which the censors have allowed to pass.

REAR-ADMIRAL SAMPSON'S FLEET.

- | | |
|--------------------------------|----------------------------|
| 1. NEW YORK, CRUISER. | 10. MARBLEHEAD, CRUISER. |
| 2. IOWA, BATTLE-SHIP. | 11. MONTGOMERY, CRUISER. |
| 3. OREGON, BATTLE-SHIP. | 12. FOOTE, TORPEDO-BOAT. |
| 4. INDIANA, BATTLE-SHIP. | 13. PORTER, TORPEDO-BOAT. |
| 5. PURITAN, MONITOR. | 14. DUPONT, TORPEDO-BOAT. |
| 6. AMPHITRITE, MONITOR. | 15. HARVARD, CRUISER. |
| 7. TERROR, MONITOR. | 16. MAYFLOWER, SCOUT BOAT. |
| 8. BUFFALO, CRUISER (dynamite) | 17. YALE, CRUISER. |
| 9. DETROIT, CRUISER. | 18. ST. LOUIS, CRUISER. |

- | | |
|-----------------------------|-----------------------------|
| 22. BERN, DESPATCH CRUISER. | 26. GLOUCESTER, SCOUT-BOAT. |
| 32. WILMINGTON, GUNBOAT. | 37. MARIETTA, GUNBOAT. |
| 24. HELENA, GUNBOAT. | 38. CINCINNATI, CRUISER. |
| 25. MACHIAS, GUNBOAT. | |

COMMODORE SCHLEY'S FLYING SQUADRON.

- | | |
|---------------------------|---------------------------------|
| 23. BROOKLYN, CRUISER. | 43. TEXAS, BATTLE-SHIP. |
| 40. MINNEAPOLIS, CRUISER. | 44. MASSACHUSETTS, BATTLE-SHIP. |
| 41. NEW ORLEANS, CRUISER. | 45. ST. PAUL, CRUISER. |
| 42. SCORPION, CRUISER. | |

UNDER COMMODORES WATSON AND REMY.

- | | |
|----------------------------|----------------------------------|
| 19. CASTINE, GUNBOAT. | 26. ERICSSON, TORPEDO-BOAT. |
| 20. ANNAPOLIS, GUNBOAT. | 27. DOLPHIN, DESPATCH BOAT. |
| 21. VICKSBURG, GUNBOAT. | 28. VESUVIUS, DYNAMITE GUN-BOAT. |
| 22. VICKSBURG, GUNBOAT. | 29. NASHVILLE, GUNBOAT. |
| 23. NEWPORT, GUNBOAT. | 30. RODGERS, TORPEDO-BOAT. |
| 24. RANOCROFT, GUNBOAT. | 31. LEYDEN, TUG. |
| 25. CUSHING, TORPEDO-BOAT. | |

SCOUT-BOATS AND TUGS IN GENERAL SERVICE.

- | | |
|----------------------------|------------------------|
| 46. FELICIA, SCOUT BOAT. | 54. EAGLE, SCOUT BOAT. |
| 47. PAWNEE, CRUISER. | 55. HAWK, SCOUT BOAT. |
| 48. MOHAWK, TUG. | 56. NIAGARA, TUG. |
| 49. PONTIAC, TUG. | 57. SIOUX, TUG. |
| 50. KNIGHT, TUG. | 58. TECUMSEH, TUG. |
| 51. ALGONQUIN, TUG. | 59. UNCAR, TUG. |
| 52. WAMPATUCK, SCOUT BOAT. | 60. WASP, SCOUT BOAT. |
| 53. DEFENCE, TUG. | |

La urgencia había hecho pasar por alto una norma general sanitaria que desde 1886 se venía practicando de no remitir tropas que por primera vez se destinasen a Cuba entre los meses de abril y septiembre, a fin de poder aclimatarse en la isla en épocas en que la incidencia de las epidemias fuese menor.

Cada Departamento Marítimo había contribuido con los segundos batallones de sus regimientos respectivos, compuestos de dos batallones, siguiendo la pauta señalada para las unidades de Ejército.

Sin embargo, la necesidad de disponer de tropa teóricamente veterana y especializada, impone el destino a Cuba de otro batallón; el primer batallón del I Regimiento (Cádiz), cuyos incompletos efectivos sólo pueden presentar cuatro compañías, creándose la 51 Compañía con personal de Ferrol y la 65 de Cartagena (R.O de 29 de octubre de 1895).

Con un total de cuatro jefes, treinta y seis oficiales y 865 de tropa, embarca en San Fernando en el vapor correo *Alfonso XII*, llegando a La Habana el 26 de noviembre.

Si tenemos en cuenta que el resto de las unidades (primeros batallones y nuevos reemplazos) disponibles en España se integrarán en los dos regimientos que se remitirán a Filipinas el año siguiente tras la insurrección de Cavite (23/VIII/96), puede decirse que la práctica totalidad del cuerpo de Infantería de Marina está involucrada en la guerra colonial. A su llegada los batallones se encontrarían en una tierra desconocida, en una guerra para la que no habían sido entrenados y en unas condiciones de salubridad decididamente malas.

Sólo un aspecto positivo: En Cuba se cobraba el sueldo doble, y además, la mitad más del sueldo.

La alimentación era completamente nueva y desacostumbrada, basada la dieta en arroz, judías y tubérculos con pequeñas raciones de chorizo y sardina; ya que pronto se desistió de proveer desde la Península y terminó por ser imposible desde el bloqueo, estableciéndose contratos con los comerciantes locales. El traslado de los alimentos en convoyes protegidos de mulas –con frecuencia atacados por los insurrectos– hasta los puestos destacados, supondría una notable distracción de fuerzas.

Aunque para las grandes operaciones se solía esperar a que hubiese transcurrido la temporada de lluvias, algunas unidades, especialmente las de Infantería de Marina, saldrían con mucha frecuencia, siendo sorprendidas por las mismas y teniendo que continuar su marcha con los uniformes húmedos.

La pobre alimentación y la climatología favorecerían epidemias que causarían estragos, especialmente la fiebre amarilla, el cólera y el vómito negro y enfermedades tenidas por menores, como catarros, diarreas, etc..., que las adversas circunstancias convertirían con frecuencia en mortales.

En un reciente trabajo del profesor D. Pedro Pascual, I, se estima que de un total de 44.389 soldados muertos en la Guerra de Cuba, sólo 2.032 lo fueron en el campo de batalla, 1.069 murieron como consecuencias de heridas en los hospitales, 16.329 lo hicieron del vómito negro y de otras enfermedades o accidentes 24.959 (5).

(5) PASCUAL, P.: *Las expediciones militares españolas en las guerras de Cuba y la respuesta de la sociedad civil en XXI Colloque de la Commission Internationale d'Histoire Militaire*. Québec, 1995, pág. 144.

Todos estos inconvenientes no impedirían sin embargo sacar un extraordinario partido de las fuerzas de Infantería de Marina.

La superación de las carencias y el éxito que, como veremos, cosecharon estas unidades, se debió al gran espíritu de sacrificio de la tropa que se manifestó en la disciplinada campaña colectiva y en gran número de actos heroicos a nivel individual, en la gran profesionalidad de los cuadros de mando, en la adaptabilidad táctica de las unidades, y en la superioridad de su armamento.

Los dos primeros aspectos quedarán patentes al estudiar el historial de las unidades; analizaremos ahora los dos últimos: la táctica y el armamento.

Táctica y adaptación al medio

En términos generales la táctica adoptada por el Ejército Expedicionario en Cuba no resultó adecuada, ni se cosecharon victorias trascendentes.

Martínez Campos en una carta al Ministro de la Guerra publicada por el periódico *El Imparcial*, de 26/XI/95 expone: «Vencer en un combate serio es imposible. Divididas las fuerzas insurrectas en pequeñas partidas, limitan su acción a tirotear nuestras columnas a su paso por los montes y a mantenerse en actitud hostil siempre que impunemente tienen oportunidad de hacerlo. El enemigo se bate bien en guerrillas, es valiente y decidido cuando llega el caso, sobre todo el de color».

La orografía y la condición de las vías de comunicación y penetración obligaban a llevar a cabo las operaciones en columnas, marchando en fila los soldados, lo que determinaba que, dada la alarma, o iniciado el combate, se perdiese un tiempo precioso en abrirse para desarrollar una línea de fuego, y esto sólo en los casos en los que el terreno lo permitiese. El sistema de defensa en cuadro, utilizado con frecuencia, era sin embargo vulnerable a una fuerte carga de la caballería que solía apoyar los ataques de las partidas de infantería insurrecta. Por otra parte, el empleo de la artillería de campaña era de escasa utilidad ya que los mambises se batían en orden disperso.

El sistema de trochas que distraían gran número de fuerzas, condenándolas a la práctica inactividad, tampoco resultó eficaz; la de Júcaro-Morón, que llegó a precisar toda una división (la 4.^a) para su guarnición, fue constantemente atravesada, aunque no así la de Mariel-Majana, donde el caudillo Antonio Maceo tuvo serias dificultades para pasar de la provincia de Pinar del Río a La Habana.

A la vista de estas consecuencias sacadas a posterior, sobre la actuación general militar española en Cuba, ¿cabe afirmar lo mismo de la de los batallones de Marina en concreto?

Mi respuesta rotunda es que no, y basta con ver los resultados reflejados por los diarios de operaciones en los que los partes de combates ventajosos se suceden con una frecuencia que se convierten en práctica rutina. No hay mes en que el enemigo, representado por tal o cual partida, no haya sido desalojado de sus posiciones, tomada su impedimenta, batido o diezmado.

Intentaremos aclarar las razones de esta aparente contradicción.

Los batallones expedicionarios de la Infantería de Marina de la época no recibían una instrucción especial, ni siquiera existía una táctica anfibia especializada que les

hiciera indispensables en el desembarco y que, por otro lado, no hubiese sido de aplicación en este teatro real de operaciones, tierra adentro, manigua o serranía adentro; Infantería de Marina de trocha, de selva, de pantano o de montaña, todo lo más.



El sargento segundo guerrillero Manuel Martín Vázquez. Guerrilla montada del segundo batallón, tercer regimiento

La premura con que, como hemos visto, se aprestaron las unidades que estaban las más en cuadro, no dio lugar a un entrenamiento a fondo en un ambiente similar, y las compañías se completaron con un alud de jovencísimos bisoños gaditanos, cartageneros o ferrolanos, cuyo valor, disciplina o espíritu de sacrificio ni eran ni tenían porqué ser diferentes a los de los demás mozos encolados en otras unidades.

Para centrar la cuestión hay que distinguir entre los dos tipos de misiones que les fueron encomendadas y entre las dos formas de desarrollarlas.

En aquellos cometidos en los que se limitaron a formar parte de columnas superiores colaborando con fuerzas del Ejército, ya fueran de abastecimiento o de operación ofensiva, y en los de guarnición de las trochas principales, les son de aplicación aquellas negativas consideraciones generales, aunque con la salvedad de que incluso en estos casos, tal vez por suerte o por descompeñarse en zonas menos peligrosas, la mayoría de las veces se cumplieron los cometidos asignados a la perfección.

Buena parte del contingente pasó largas temporadas de guarnición en las trochas y en las denominadas «comandancias de armas» o destacamentos; tan sólo en la jurisdicción de Holguín, la Infantería de Marina tenía asignadas una docena de estas comandancias, alguna de ellas como Banes o Boca de Banes, que había contribuido a conquistar y que se integraban en el dispositivo general defensivo.

La razón hay que buscarla a mi entender, en tres circunstancias fundamentales: la especialización colonial de sus cuadros de mando, su tradicional adaptabilidad a los condicionantes del combate en tierras cubanas y la asignación de cometidos continuados que lograron su perfeccionamiento. Todas ellas permitieron sacar partido de un cuarto factor: la superioridad en el armamento.

Cuando las unidades de Infantería de Marina actúan con independencia, por batallones o por pequeñas unidades y en operaciones de localización y destrucción del enemigo es cuando constituyen un rotundo éxito.

Cuando las unidades de Infantería de Marina actúan con independencia, por batallones o por pequeñas unidades y en operaciones de localización y destrucción del enemigo es cuando constituyen un rotundo éxito.

Por supuesto, que estas cualidades también fueron aplicables a otras unidades «especiales» que conocemos como «guerrillas», pertenecientes al Ejército, y que cosecharon éxitos similares, con lo que llegaremos a la conclusión de que el triunfo corrió ligado a la mayor o menor adaptación al medio.

Baste con recordar que los tres regimientos de Marina han participado en anteriores campañas cubanas, y que por lo tanto un buen porcentaje, si no la totalidad de los trece jefes de los cuatros batallones expedicionarios, son veteranos coloniales, para justificar su conocimiento en las tácticas locales.

Durante los años de guerra en los que terminará el dominio español en Cuba, al menos dos tenientes coroneles, cuatro capitanes, un teniente y un alférez, fueron ascendidos por méritos de guerra, en otras tantas meritorísimas acciones que dan una idea del nivel de los mandos.

La frecuente necesidad de patrullar, convoyar, batir, proteger y perseguir, convirtió a estas unidades en comparativamente buenas conocedoras de su terreno de operaciones, cuando una de las deficiencias generales del ejército expedicionario era precisamente ese desconocimiento que obligaba a valerse de guías locales poco fiables. Por ello su actividad llegó a ser casi frenética, como se puede comprobar en el diario de operaciones de los batallones.

Las fuerzas siempre preferían andar de operaciones, libres por el campo, que hacer el servicio penoso y deslucido de las líneas defensivas.

Pero tal vez la clave máxima de su éxito consistiese en su versatilidad, en su capacidad de adoptar la mejor forma y la mejor táctica para combatir al enemigo con sus propias armas ¿qué mayor adaptabilidad puede haber en una pequeña unidad de Marina que convertirse en un grupo de caballería eficaz?, porque tal fue lo que sucedió con las sextas compañías de cada batallón.

Ante el éxito de las pequeñas unidades de soldados de Marina, que repercutió en el deseo de muchos voluntarios nativos de militar en sus filas, se decidió incrementar los batallones con una séptima compañía de fusileros que sería disuelta, así como la sexta de la guerrilla montada, con el cese de las hostilidades.

El armamento individual y la uniformidad

A las unidades de Infantería de Marina de Cuba y Filipinas se dotó de un armamento moderno y adecuado.

Desde 1893 se había adoptado el fusil alemán «Mauser» de 7,65 mm, modelo del año anterior, con el que España se sumaba, no sólo al sistema de repetición, sino también al de pólvora sin humo, pese a que, previamente experimentado en los buques, se había observado que la inestabilidad de sus pólvoras producía en ocasiones explosiones espontáneas. Con él se dotó a las fuerzas de Cuba y Filipinas y a alguna unidad de la Península, permaneciendo las demás con el modelo anterior, el «Remington» de 1871.

La ventaja de la pólvora sin humo se demostró incluso contra el ejército americano cuyos tiradores, que usaban el fusil «Krag-Jorgensen», se localizaban fácilmente

al dejar escapar cada disparo un humo blanquecino, siendo causa ésta de las múltiples bajas que sufrieron en la acción de La Loma de San Juan.

Grover Flint, corresponsal de guerra americano que escribió un libro panfletario «A war correspondent's field note-book kept during four months with the Cuban Army», se sorprende de esta importante ventaja del fusil español, «Their powder is practically smokeless», no tiene más remedio que admitir, aunque dada su objetivo propagandístico afirme absurdamente que los cubanos no tenían ningún miedo al fusil español que producía heridas limpias, hasta el punto de ser un descrédito no tener alguna, asomándose sin miedo en los tiroteos como los niños al dintel del zaguán cuando llueve.

Según algunos informes, el alza de nuestro «Mauser» era poco precisa y su tamaño desproporcionado, dada la talla media del soldado español, por lo que se decía de él que era «mucho barco para tan poco pirata». Pero, con todo, era un arma excelente, sólida y duradera, especialmente tras las mejoras que sufrió a partir de 1896, en que pasó a construirse en Oviedo bajo patente española. Era comparable al norteamericano «Lee», modelo 1895, adoptado por su Marina y muy superior a los de los insurrectos, incluidos los procedentes del contrabando, contribuyendo a las gestas heroicas que relataremos.

La preocupación por que los insurrectos no dispusiesen del fusil «Mauser» es una constante, dándose instrucciones a los representantes diplomáticos en este sentido. Numerosa documentación que se conserva en el Servicio Histórico Militar refleja el gran despliegue y esfuerzo empleado por averiguar el paradero de una partida de Mauseres fabricados en Bélgica por la Herstal-Ler-Liège, con supuesto destino a China y que se temía pudiera acabar llegando de contrabando a Cuba (6).

A diferencia de los ejércitos ruso y francés que siguen usando bayonetas de hoja fina y larga, a nuestro fusil «Mauser» 1893 se adapta un cuchillo-bayoneta que puede usarse independientemente. No se trataba tanto de alargar las armas de fuego para aumentar su poder de choque, cuanto servir a otros menesteres. Su uso fue general para las tropas coloniales que portaban fusil, ya que el resto llevaba el machete 1884.

Las guerrillas de caballería se armaron con tercerola «Remington», con bandolera y machete grande.

Los jefes y oficiales usaron, además de sable y desde 1885, el revólver americano de cilindro basculante y doble acción «Smith & Wetson» 1885, de 44 pulgadas, fabricado por Orbea en Eibar, que se podía cargar a caballo –muchas eran plazas montadas– sin abandonar las riendas. Se enganchaba al cuello por un cordón negro de pelo trenzado y disponía de una cartuchera de cuero negro.

Conscientes de la trascendencia de que este armamento superior cayese en manos de los patriotas cubanos, los infantes de Marina, o al menos sus unidades a caballo, las guerrillas montadas, recibieron una curiosa orden que se cumplió siempre que se tuvo ocasión, caso de verse descabalgados en combate, incomunicados con su unidad y en peligro de caer en manos enemigas.

En esta situación, y en lugar de defender a ultranza la posición o proteger la

(6) S.H.M. Documentación sobre Cuba, Legajo 101 (Rollo 28).

retirada de los suyos, el soldado debía buscar rápidamente un buen lugar donde ocultar sus armas y municiones que fuese fácilmente identificable para volver después de pasado el peligro a por ellas. Él, desarmado, debía internarse por el monte, selva o manigua o esconderse, presentándose en el puesto español más próximo.

Si no se podía hacer lo prescrito, por lo menos había que quitar y esconder los cerrojos de las armas de fuego.

Mientras que los ejércitos europeos aún usan colores vistosos y sombreros y cascos de plumas, pese a la desastrosa experiencia de los «fantasins» franceses —en azul y rojo nacionales— de la Guerra Franco-Prusiana, y no se planteará seriamente la invisibilidad y el camuflaje hasta la Primera Guerra Mundial, el clima y la vegetación antillanos anticipan algunos atisbos de los que el rayadillo claro y el forrar de cuero negro las vainas de los sables para evitar que fulguren, son muestra.

El uniforme de la Infantería de Marina colonial no se diferenció del resto del ejército expedicionario ni en el tejido, algodón de la clase «mil rayas», ni en el color (azul grisáceo que visto de lejos ofrecía un aspecto general azulado ya que la raya no se apreciaba), ni en el diseño (guayabera con botones, cuello vuelto de puntas y cerrado y con dos grandes bolsillos; pantalón de igual tela, leguis o polainas, botas y espuelas o alpargatas; aunque sí se distinguía en la divisa con cuello, vueltas y franja del pantalón en azul turquí, y naturalmente las anclas cruzadas del cuello y las sardinetas de la manga.

El sombrero es el de la generalidad de las fuerzas españolas, de palma o jipi-japa con cinta negra y escarapela con los colores nacionales. al lado derecho.



Sargento guerrillero montado, con sombrero de jipi-japa con escarapela, guayabera, machete, tercerola, «Remington» y botas

Las unidades especiales

La guerra colonial dio ocasión a que las fuerzas de Infantería de Marina adoptasen técnicas y tácticas nuevas, no sólo por lo que respecta a las unidades regulares, sino también a las de voluntarios, tanto en Cuba como en Filipinas que, bajo las características y uniforme de este cuerpo, sirvieron para llevar a cabo cometidos concretos y locales; así el batallón de voluntarios de Infantería de Marina de Cienfuegos y el Tercio de Voluntarios de Infantería de Marina de Casablanca, ambos en Cuba.

Uno de los ejemplos más singulares de lo que venimos afirmando, no se daría en Cuba, sino en la isla de Luzón. El 19 de septiembre de 1896 se aprobaba por Gobernador y capitán general de Filipinas el «Reglamento para la organización y Régimen de la Guerrilla de San Miguel», cuyo objetivo principal era la guarda y custodia de la desembocadura del río Pásig, operando también como fuerza de desembarco y sección auxiliar de Infantería de Marina.

Se trataba de una unidad de voluntarios constituida por individuos activos o combatientes y voluntarios honorarios.

El mando lo ostentaba un capitán, un teniente, un ayudante y cuatro comandantes de pelotón; contando además con un habilitado-contador, un médico, corneta, maestro armero, patrón timonel, maquinista, fogonero y seis ordenanzas. La fuerza estaba compuesta por 50 voluntarios.

Los voluntarios honorarios, en número ilimitado, estaban exentos de servicio, salvo en casos excepcionales, y corrían con los gastos de la unidad.

Unos y otros tenían derecho a uniforme, cuya gorra blanca y escudo eran idénticos a los usados por las tropas regulares de Infantería de Marina.

Disponían de una lancha de vapor, costeada por ellos mismos, para sus acciones militares.

En contra de lo que pudiera parecer, los requisitos para formar parte de esta unidad eran muy exigentes, siendo preciso demostrar intachable conducta pública y privada y ser admitidos por unanimidad de todos sus jefes.

En cualquier momento se podían dar de baja, accidental o definitivamente, y ante falta suficiente, eran separados del servicio.

Pero en este capítulo el protagonismo lo acapara casi por completo la «Caballería de Marina», nombre oficioso pero realidad tangible desde que por R.O de 4 de marzo de 1895 se crearon unas guerrillas montadas que duraron hasta la evacuación y cuyo primer precedente databa de 1875. Sus efectivos variaron entre una compañía de dos secciones y una sola sección, formando la sexta compañía de cada batallón.

Desempeñaba misiones de descubierta, sorpresa, golpes de mano, protección avanzada, etc...

El comandante Segundo Díaz Herrera en su «Diario de campana en Cuba en 1895 de un batallón de Marina», narra la actividad de estas guerrillas que, revistadas por el general Martínez Campos a poco de su llegada, merecieron una sonrisa un tanto burlesca del capitán general ante esta «caballería de Marina» improvisada que, no obstante, pronto se supo ganar el respeto y la admiración de todos, dando mucho más de lo que se les exigía, como en la Loma de San Fernando (25 de septiembre 1895) que tomó por sí -

misma le guerrilla montada del Segundo del III, y avanzó hasta conquistar la siguiente, salvando a la columna a la que franqueaba de ser diezmada en una emboscada y no reduciendo su actuación a la de una mera fuerza de avanzada (7).

A través del parte de la acción de La Nasa sostenida por la guerrilla montada del Segundo Batallón del III Regimiento el 10 de junio de 1896 con las de Calixto García, se puede apreciar su forma especial de combatir.

Habiendo partido en reconocimiento su capitán Juan Ros de Bocas con 70 caballos, divide la fuerza en dos partes que puedan apoyarse mutuamente y facilitarse en su caso la retirada, dotadas de sus respectivas vanguardias y franqueando la una a la otra, estableciéndose un punto de reencuentro.

Reunida de nuevo la fuerza, la vanguardia toma contacto con el enemigo, por lo que aquélla se vuelve a dividir, constituyéndose una reserva. El combate se recrudece, por lo que se ordena poner pie a tierra y avanzar, disparando, con las bridas en el brazo y desplegados en guerrilla.

Cuando la situación se hace insostenible, dada la inmensa superioridad del enemigo, se ordena montar, volver grupas, retirándose con todo orden y refugiándose en el poblado forficado más próximo.

Una acción que había terminado en retirada se había saldado con siete bajas propias frente a 80 del enemigo, incluido un célebre cabecilla: el capitán Miguel Ángel que resultó muerto, constituyendo un modelo de serenidad, disciplina y buen hacer, como informó su capitán a la superioridad:

«No puedo expresar, Excmo. Sr. la satisfacción que me cabe al mandar tropa tan disciplinada y heroica según he podido apreciar en este combate donde han demostrado saber cumplir el juramento hecho a sus banderas de defenderlas hasta perder la última gota de sangre y no abandonar al que las manda en acción de guerra» (8).

Los batallones en campaña

La única unidad de Infantería de Marina en Cuba al producirse la insurrección era la Compañía de Depósito de La Habana, cuya misión era la de protección del Apostadero y guarnición de sus buques, y cuya actuación, desde el punto de vista de los hechos bélicos no fue tan relevante como la de los batallones expedicionarios que fueron destinados a las zonas de primera línea o más conflictivas.

A la cuna del alzamiento (oriente) serían enviados dos batallones, el segundo del III Regimiento y el segundo del II, con funciones predominantemente ofensivas y defensivas respectivamente. A la provincia de Las Villas (Santa Clara) se enviaría al segundo del I Regimiento, y a la de Matanzas al primer Batallón del I Regimiento.

(7) Recogido por RIVAS FABAL, E.: *Historia de la Infantería de Marina Española*. Madrid, 1970, pág. 455.

(8) Archivo «Álvaro de Bazán». Sección Histórica 48 37. 5.

El primer batallón en llegar a Cuba (Guantánamo) es, como hemos indicado, el segundo del III Regimiento. Su destino marca claramente el propio teatro de operaciones: la provincia de Santiago (Oriente), cuna de la sublevación, y a la que pretende en estos momentos restringirse, juntamente con la de Camagüey (Puerto Príncipe), mediante la trocha o camino vigilado y parcialmente fortificado Júcaro-Morón. No se trataba con ella de abandonar ese territorio al enemigo, sino de acotar la zona de operaciones mientras fuera posible.

Relatar pormenorizadamente la actividad de esta unidad, como las de los demás batallones, nos llevaría mucho más del tiempo concedido y sería agotadora en sí misma aunque nunca aburrida; la resumiremos lo más posible. Su zona de operaciones podemos establecerla en la parte central de la provincia de oriente y que engloba dos de los lugares más significativos de la lucha por la independencia cubana, sede de sus respectivos «gritos» o proclamas de independencia: Yara y Baire. Zona montañosa que envuelve la cuenca del Cauto, navegable 90 km, desde Cauto del Embarcadero hasta su boca, y la de su afluente el Salado.

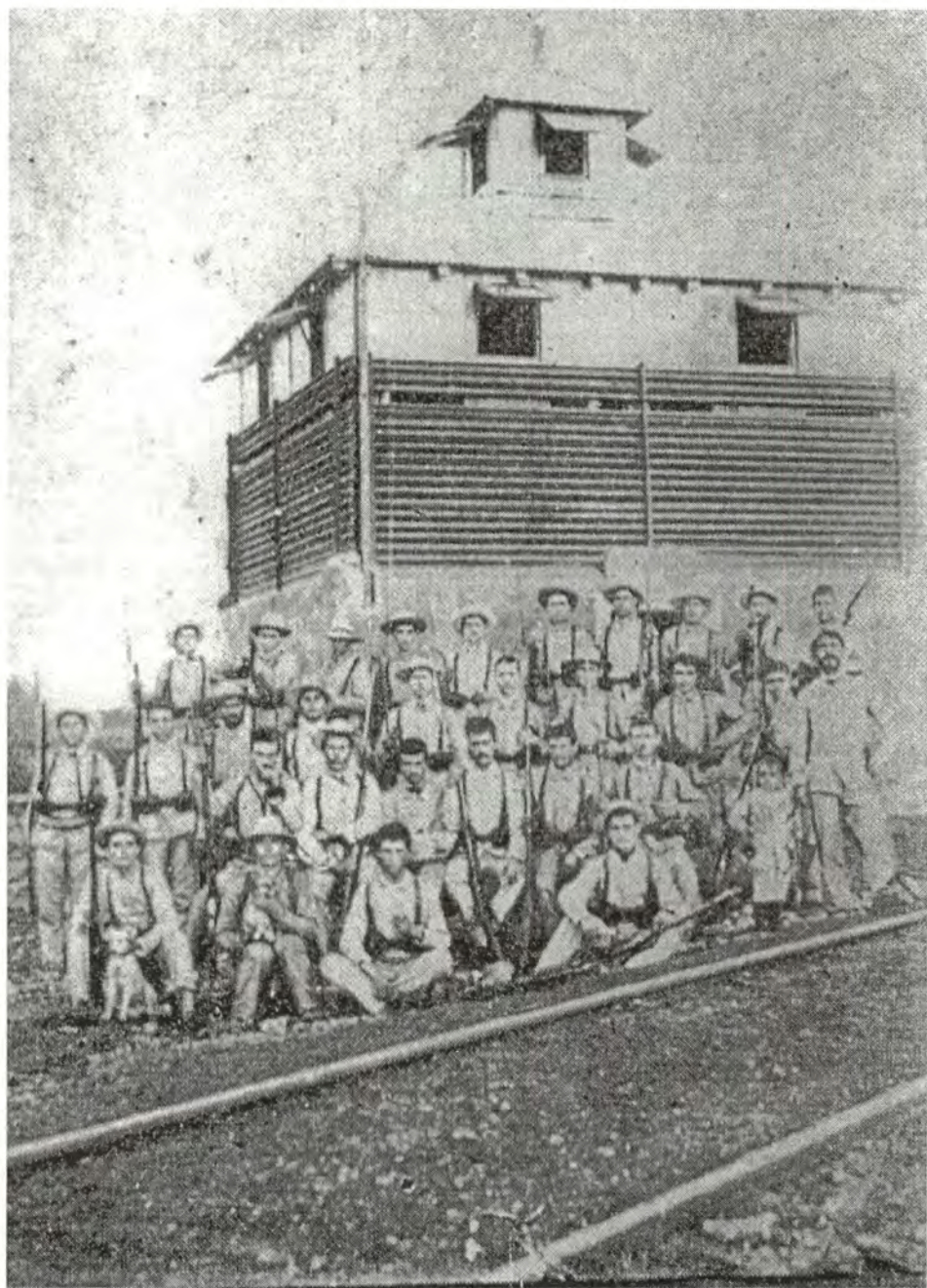
El batallón opera incansablemente ya por unidades sueltas o formando columna, reconociendo estas zonas de enemigo probable, desde Gibara y Holguín en el norte, protegiendo la navegación del Cauto, abasteciendo los puestos más remotos, improvisando balsas para cruzar los ríos, limpiando las serranías, auxiliando las posiciones atacadas y combatiendo con gran ventaja a un enemigo sistemáticamente superior en efectivos, aunque no en armamento ni en disciplina.

El continuo deambular por su zona le depara numerosas oportunidades de lucimiento, desalojando en mayo del 85 de la posición de Los Moscones, cerca del río Salado a la fuerte facción de los cabecillas Muñoz y Carballo, poniendo en fuga en julio a un enemigo seis veces superior que lo había envuelto prácticamente en los montes de Melones en las inmediaciones de Manzanillo, descubriendo y deshaciendo en agosto a los mambises junto al río Zaray, obteniendo en diciembre un notable éxito y cuantioso botín en fusiles Remington y caballos en la cuesta de Sao de los Hidalgos (actualmente Sao de Arriba) a sólo 9 km de Holguín.

Los comandantes destacados en los puestos de esta zona no tienen tampoco destino tranquilo, tal es el caso del teniente Sala, jefe de la posición fortificada del Vedado que, atacado por unos doscientos mambises cuando el 13 de septiembre efectuaba una descubierta con sólo 25 soldados, consigue alejarlos por el fuego y la bayoneta tras haberles inflingido 30 bajas, lo que le valdría la Cruz de María Cristina.

El año de 1896 se suceden infinidad de acciones menores, capturando en Palmarito buen número de mulas, reses y 40 caballos de silla en enero, dispersando en febrero la partida de Marrero; desalojando en julio al enemigo de sus ventajosas posiciones junto a Chaparra y fortificando la plaza de Victoria de Tunas, cuyo nombre adoptaría este batallón. Los años siguientes continuará esta terrible guerra de alfilerazos siempre con gran ventaja, hasta ser repatriado por el vapor *Fulda*, llegando a Cartagena el 4 de diciembre de 1898.

El Segundo del I es también eminentemente combativo y se desplaza continuamente por una extensa zona de la provincia de Las Villas, en continuas marchas y contramarchas y desplazamientos en tren, ya que esta parte está más industrializada. Ya en los



El fuerte Rama-Cancela con su guarnición

primeros meses empieza a cosechar éxitos; en Solapa, junto a Santa Clara, vence a un enemigo de 1.500 hombres; en las cercanías del ingenio de la Armonía captura 50 caballos y le causa más de 40 bajas; ocupa el ingenio de Nueva Empresa defendido por cerca de 5.000 hombres de Antonio Maceo a quien persigue hasta Pinar del Río, pero es diezmado por la fiebre amarilla en San Antón.

El año 97 actuará en Pinar del Río destruyendo continuamente campamentos y puestos del enemigo. Su carga a la bayoneta para desalojar a los mambises de las Lomas del Cabrero (6 de julio 97) se hará célebre.

Tras rechazar el ataque insurrecto en el fuerte de Asiento Viejo, en 1898, pasa, con grandes privaciones debidas al bloqueo americano, y tras cruzar la tropa en balsa y a nado el ganado el desbordado río Cuyaguaje, a Artemisa y se fortifican en la desembocadura del río Mosquito, donde guarnecen su fortín que hará fuego de cañón contra un buque americano aparecido en su bocana el 21 de junio 1898.

Decretada la suspensión de hostilidades, pasa a Matanzas y es repatriado a bordo del *Fulda* el 6 de enero de 1899.

El segundo Batallón del II Regimiento, con base en Holguín, recibe el cometido de proteger la línea férrea de Gibara a Holguín, y casi inmediatamente se produce el heroico hecho protagonizado por los soldados Rama y Cancela.

Una patrulla española de vigilancia compuesta por un sargento, un cabo y 13 soldados es atacada por las fuerzas de Maceo y Rabí, con un total de 1.800 hombres; la patrulla los detiene por cierto tiempo con nutrido fuego y se retira brillantemente, teniendo sin embargo que abandonar a cinco soldados que han sido copados y de los que tres de ellos son pronto heridos y rematados a machetazos; José Rama Varela y Antonio Cancela Rodríguez resisten sin rendirse hasta que se les agotan las municiones, siendo cruelmente masacrados en medio de ocho cadáveres enemigos inmediatos. Un milagroso testigo pudo contarlos, el soldado Blanco que, dado por muerto y con la masa encefálica al aire, sería recogido posteriormente. Esta acción, premiada con la Cruz Laureada de San Fernando se perpetuaría en una lápida que se ordenó colocar en todos los cuarteles del Cuerpo. Poco tiempo después, en el punto donde cayeron, se levantó un fuerte que defendía el puente sobre el arroyo de Aguas Claras, que fue bautizado con su nombre. La máquina del tren, al pasar a su lado, pitaba tres veces en su honor y una placa invitaba a rezar y les honraba en nombre del Real Cuerpo de Infantería de Marina.

Para perpetuar su memoria el Rey dispuso que ambos figurasen perpetuamente en la nómina de la 22 compañía del 22 batallón del 2.º regimiento, a la cabeza de los demás soldados y pasando revista como presentes y con esta nota: «Muertos gloriosamente en Rama-Cancela (Isla de Cuba) el 5 de junio de 1895», y que se pusiese el nombre de ambos a una de las lanchas guardapescas del Arsenal de Cartagena.

La actuación Segundo del II, no será tan extraordinariamente brillante como las de los anteriores, ya que su misión no es tanto la de combatir al enemigo, cuanto la de proteger los convoyes que desde la zona de Puerto Padre y Victoria de las Tunas se dirigen en todas direcciones. Sin embargo tampoco escasearán los combates, entre los que es de destacar la operación de Banes para hacer desalojar al enemigo de la bahía de

Nipe y que bloqueaba en 1897 dicho puerto, junto con otros dos batallones del Ejército. En ella intervinieron los cruceros *Reina Mercedes*, *Magallanes* y *Vasco Núñez de Balboa* y los torpederos *Nueva España* y *Galicia*, destruyéndose los atrincheramientos rebeldes y una posición arpillera y guarneciéndole un nuevo fuerte.

Este batallón regresaría a Cádiz el 6 de abril de 1898.

La última unidad en llegar a Cuba (26 de noviembre 1895) es el primer Batallón del I Regimiento, que desembarca en La Habana.

Medio batallón se dirige a Matanzas donde se integra en la columna de operaciones. Desempeña misiones propias de su Cuerpo al participar en un desembarco apoyado por el crucero *Infanta Isabel* y conquista Playas de Méndez. En 1896, uno de sus destacamentos, el de Cárdenas, descubre una fuerza de desembarco enemiga procedente de los Estados Unidos, se apodera de tres grandes botes y de un gran alijo de armas y hace numerosos prisioneros, aunque tiene que resistir un feroz ataque de fuerzas superiores durante 24 horas hasta recibir refuerzos.

Dedicado a proteger la costa contra incursiones y a la represión del contrabando, realiza también numerosísimas descubiertas, efectuándose más de una veintena de acciones menores de combate.

El otro medio batallón, con base en Jovellanos, actúa por los ingenios del interior y en la manigua. El 23 de diciembre de 1896, Máximo Gómez ataca Jovellanos, pero es dispersado por esta unidad, que, poco después, en la acción del Realengo, toma el campamento enemigo con armas, enseres, reses, acémilas y caballos, pasando a continuación a fortificar la ciudad de Cárdenas.

Reunido el batallón, opera por toda la provincia de Matanzas, capturando armas y caballos y batiendo numerosas partidas. En 1897 infringe una notable derrota al enemigo en el ingenio de Santa Rosa, donde muere el coronel faccioso Luis Mesa.

Declarada la guerra con los EE.UU., impide un desembarco americano, aguantando el capitán Jorquera con gran heroicidad (recibiría la cruz de María Cristina por ello), y obligando a las lanchas enemigas a regresar a sus barcos, pese a la gran preparación artillera a que fue sometida la plaza de Cárdenas por parte de los buques yanquis (11 de mayo 1898), contribuyendo a las gloriosas acciones de Loma de Juan de Sáez, de la Chaparra y de San Juan, destruyendo la artillería naval enemiga completamente el fuerte de Punta Camacho que defendía.

Perdida Cárdenas y concentrados los restos de esta unidad en Matanzas, embarcaría, juntamente con el otro batallón de su Regimiento, en el vapor *Fulda* con destino a Cádiz, desembarcando en La Carraca el 20 de ese mes.

Las fuerzas de la Escuadra

Para destruir la escuadra de Cervera, concentrada en Santiago, la Marina U.S.A. había solicitado el apoyo del Ejército que prepara un desembarco en el verano de 1898.

El almirante español, solicitado para colaborar en la defensa de la plaza de Santiago, ordena desembarcar 150 hombres de cada crucero, que forman cuatro columnas que los infantes cubren con sus guerrillas, de acuerdo con la táctica.

El día 22 de junio desembarcan otros 100 infantes y 350 marineros, al mando del Capitán de Navío Joaquín de Bustamante, jefe del Estado Mayor de la Escuadra.

Los americanos que habían desembarcado en Daiquiri, emprenden la ofensiva el 1 de julio. Lawton con 6.000 hombres ataca El Caney, en el que se defiende Vara de Rey con 520 y dos piezas González-Hontoria afectas a Marina; tras doce horas, se retiran los españoles, llevándose el cadáver de su general. La Loma de San Juan, defendida por 250 españoles al mando de Linares, es atacada en proporción de diez a uno, teniendo que ser abandonada por la noche.

En ambas acciones los españoles habían tenido 600 bajas y 900 los americanos.

Desde La Canosa, donde se encuentra la compañía de Infantería de Marina que manda personalmente Bustamante, se sigue defendiendo e incluso haciendo fuego sobre la perdida Loma de San Juan; Fernández de la Reguera y Susana March cuentan que un batallón yanqui que ingenuamente formó para rendir honores a su bandera, fue barrido en pocos minutos (9). Bustamante, herido, moriría sin embargo poco después.

Al día siguiente, con motivo de la llegada de la columna del coronel Escario, reembarca la tropa y la marinería de la escuadra, en su mayor parte en el Muelle Real, la compañía de San Miguel de Parada en San José, la de Mazamorra en Socapa, y la de entre los fuertes del Gasómetro y Hornos en Punta Blanca. Pero Cervera, a la vista del estado de agotamiento de estas fuerzas desembarcadas decide suspender la salida de la escuadra hasta la mañana siguiente a fin de darles descanso a quienes habrían de afrontar otra prueba no menos terrible en el mar.

Las pérdidas generales de la escuadra ascendieron a 350 muertos, 160 heridos y 1.670 prisioneros, contra un muerto y dos heridos yanquis. El porcentaje de soldados de Marina está aún por establecer, pero lo que es incuestionable es que nada más que no hubiesen ya hecho pudo ser exigido ni resultar humanamente exigible.

(9) «Héroes de Cuba» en *Episodios Nacionales Contemporáneos*. Barcelona, 1965, pág. 463.